

LATINOAMERICA:

Estoy de nuevo de viaje por América Latina y hago una parada en Venezuela antes de marchar a la República Dominicana, Nicaragua, México y demás países que el tiempo me permita visitar. Como siempre en estos viajes, se pasa del estupor al sufrimiento. El estupor de la altiplanicie andina, del Cuzco, de Titicaca, de paisajes inmensos que aterran, de metrópolis explosivas como Caracas. El sufrimiento de gente que vive perdida en las gargantas de las montañas o en las llanuras reseca o encaramada en lo alto de las colinas que dominan las ciudades. Gente absolutamente olvidada de un progreso que no les pertenece, abofeteada por políticos que tienen necesidad de ellos como contingente numérico para seguir defendiendo tanto el derecho de los extranjeros de disfrutar del feudo como el suyo propio de recibir el altísimo porcentaje por la traición.

EXPLOSIVO CONTINENTE

La Iglesia ha dirigido casi todas sus energías y estructuras a estos grupos de poder, extranjeros siempre, aunque muchos hayan nacido en el continente y hablen español. Los estudiosos de Historia han forjado un vocabulario que sustituye el de "herodianos" y "cipayos". Si la memoria no me engaña, el vocabulario viene de una guerra entre dos estados de Oriente. Los "cipayos" eran las personas de un partido que favorecían los intereses extranjeros. Así "cipaya" aparece en general la Iglesia en un continente que tiene un tenacísimo fondo de religiosidad. Ella va a los barrios y trata a estos grupos olvidados como la "señora buena y benéfica" pero sin ser uno de ellos.

DEL FUTURO

ARTURO PAOLI

IGLESIA, PARTIDOS Y ÉLITES FRENTE AL PUEBLO LATINOAMERICANO.

Me he preguntado por qué en los ranchos de fango y lata de Argentina muestran una gran foto de Eva Perón en vestido de gala preparada para una "premier" en el Colón. Eva Perón no es una dama que "va" al pueblo, que "baja" para llegar a ellos, es uno de aquellos que va al Colón; no descendiendo sino, que asciende. Esto no lo entiende ni la Iglesia Oficial, ni la oligarquía, ni los políticos, ni los intelectuales de izquierda. Todos están unidos en este error de prospectiva y por tanto son incapaces de descifrar el misterio de un pueblo que crece amenazadoramente. El pueblo no ha tenido ni tiempo ni posibilidades de representar una élite. Una élite

extranjera, a menudo con buena voluntad, heroicamente, como el caso del Che Guevara, ha buscado el pueblo. Esto explica por qué América Latina puede dar la impresión de un temporal amenazador que jamás desemboca en lluvia o granizo. El verdadero pueblo latinoamericano no ha tenido ni la libertad ni el tiempo de hacer la historia. Se ha querido hacerla "por él" "en su nombre". Por ésto se advierte un rumor subterráneo, el rumor de una tempestad que se avecina, una especie de tensión atmosférica que hace desear el abrirse del cielo.

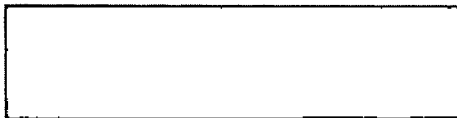
Es un pueblo fascinante, que alterna una severidad sufrida, desarmante, con las

explosiones frenéticas de una alegría tropical que envuelve, en un círculo mágico, irracional pero al mismo tiempo esencialmente puro, el misterio desconocido para nosotros que estamos fatalmente estructurados en el cartesianismo. Es muy difícil para nosotros "claros, lógicos, eficaces" compartir la impotencia y la impaciencia de estos pueblos. Y sin embargo es el único camino para que una cultura oprimida y crecida en la opresión se abra camino y se haga cultura liberante. En una palabra muy significativa para los cristianos, se haga buena noticia, Evangelio.

La izquierda intelectual e iluminista se encuentra al mismo nivel que la Iglesia.

Porque la impotencia, la ineficacia, el esperar la eficacia del otro, el admitir un tiempo, un movimiento, un camino hacia la libertad que no entre en una misión racional predeterminada, no es asimilable ni por la Iglesia ni por los partidos de la izquierda marxista.

Es muy sintomático que en las últimas elecciones Argentinas la democracia cristiana haya hecho un bloque con el partido comunista. Los unía más que la confluencia de objetivos, la intuición de una común incomunicación con el pueblo. Eran dos dejados afuera de las puertas y que se consolaban entre ellos. Si la historia sirviera para algo y supiese leerse sin pre-



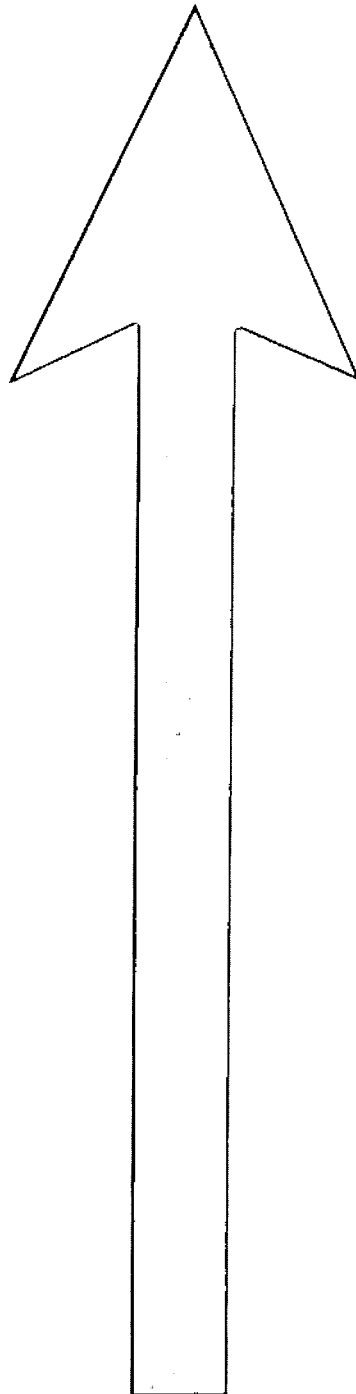
juicios, esta lección podría servir de muchas aplicaciones; pero la historia, y Hegel tenía razón, no ha enseñado jamás nada a nadie. Los partidos vencidos descargan sobre el pueblo "inmaduro políticamente" la responsabilidad de la derrota. Los sectores de la Iglesia seguirán impertérritos los planes estratégicos europeos contra el marxismo y los partidos de izquierda. La prueba más aplastante de esto es que la Iglesia ha sido pensada para una clase de

cultura europea. Jamás he podido olvidar lo que oí en mi juventud lejana en un pueblecito de Italia a un sacerdote. En la Homilía se enardecía al arremeter contra la herejía de los patripasianos. No creo que el marxismo ortodoxo sea más asimilado y asimilable por el pueblo latinoamericano que la herejía de los patripasianos. Estos errores colosales de balística no son fruto de poca inteligencia o de poca buena voluntad. Son errores fundamentales de prospectiva. Cuando alguno se defiende diciendo que la Iglesia es popular, que está con el pueblo son suficientes algunas pruebas, que hoy florecen particularmente, para probar lo contrario.

MOTIVOS DE OPTIMISMO

Sin embargo, yo soy optimista cuando pienso en América Latina. Mientras escribo, veo delante de mí una vegetación tropical que se entrelaza salvajemente sin obedecer a planes o por lo menos a nuestros planes y que expresa la fuerza incontenible de la vida. A nivel eclesial se dan grupos cada vez más numerosos de cristianos y de "personas consagradas", que se salvan de la verdadera esterilidad de nuestro intelectualismo europeo, muy claro pero muy poco vital, para meterse dentro de este círculo de la vida, irracional pero rico de una fuerza explosiva y tensa que es la única capaz de producir esperanza.

En ningún lugar como aquí habría comprendido con tanta claridad y con sentido de liberación, de alegría, de plenitud, que el movimiento no marcha de mí hacia los pobres oprimidos sino que viene de ellos a mí. No soy yo quien "voy" sino que ellos me "acogen". No podría haberlo comprendido en otra parte porque los grupos humanos de mi cultura me habrían hecho comprender únicamente diferencias cuantitativas y donde encontraría campo abierto a esta mi riqueza anti-evangélica que me impide ser totalmente cristiano. Aquí renace la esperanza que veo trágicamente muerta en la sociedad de consumo. Esta esperanza se paga a un precio muy alto para nosotros: tener la paciencia del tiempo, la humildad de defender para una cultura y para un grupo el derecho de expresarse y de hacer la historia. Puede motivar esta paciencia la conciencia de ser corresponsables de una violencia cultural, similar a aquella violencia de la conquista con que nos adueñamos de este continente como de otras partes de la tierra que no tuvieron la fortuna de estar en mano de propietarios violentos y exclusivos como nosotros. Hace algunos años decía yo a un grupo de hermanas religiosas que decidían abandonar un colegio para ir a vivir a un barrio marginado, quizá con menos convicción de lo que lo haría hoy: "tomad mate por un año con la gente". No sabría traducir con palabras más significativas esta imagen. Nosotros no tenemos ningún rito tan comunitario y que obligue a aceptar un nuevo ritmo del tiempo como el mate que en Argentina se toma especialmente entre la gente del interior. Quizás hayamos visto en el cine o en fotografía de países exóticos a fuma-



dores de opio. Sin embargo, la diferencia está en que el mate es ingenuo y puro como un té. Entrar de conversación, de un clima decidido por la persona que invita. Es permitir a los pobres acoger, sentirse que dan ellos hospitalidad sin la humillación de una comida escasa o de una recepción indigna del huésped.

Me gusta muy poco la fórmula "ir al pueblo para aprender. Soy yo quien aprendo de ellos, no ellos quienes aprenden de mí" porque esto me parece también intelectualístico y rebuscado. Me da la impresión de trueque por no decir de una idealización del pueblo de un tipo intelectualoide. No, se debe ir a compartir, a convivir, a comunicar. Quizás en un cierto tiempo compartamos solamente un cierto tipo de frustración e impotencia frente a poderes que parecen inexpugnables, frente a la incomunicación profunda con personas que en un principio eran de nuestro mismo grupo.

No estamos en ninguna forma preparados a este tipo de presencia paciente y humilde y sin embargo es quizás la contribución más importante y más evangélica que podemos dar a este despertar de América Latina que tonificará la cultura de nuestro tiempo. El fruto de esta paciencia se ve ya aunque todavía no está maduro. Se descubre una religiosidad popular que se hace levadura y motivación de esperanza "política" del pueblo. Nace una fe bíblica no "aparte" ni "sobre" sino dentro. Trasciende la esperanza de liberación del pueblo en el sentido que mira más allá, a un objetivo que va más lejos que el de una liberación política y económica pero que la comprende, como uno menos está en el más. Nace una teología que no ha encontrado todavía el lenguaje que se habla en las academias y Congresos —(¿es oportuno que lo encuentre?)— pero que salta finalmente el foso delante del cual se ha encontrado nuestra teología europea. Esta, para hacerse entender por el hombre desalentado y verdaderamente materialista de la cultura tecnológica, ha tenido que construir cálculos muy complicados para sostener el derecho de ciudadanía a un Dios en un mundo ateo y para demostrar la resurrección en un mundo que ha roto definitivamente el puente de comunicación con la trascendencia.

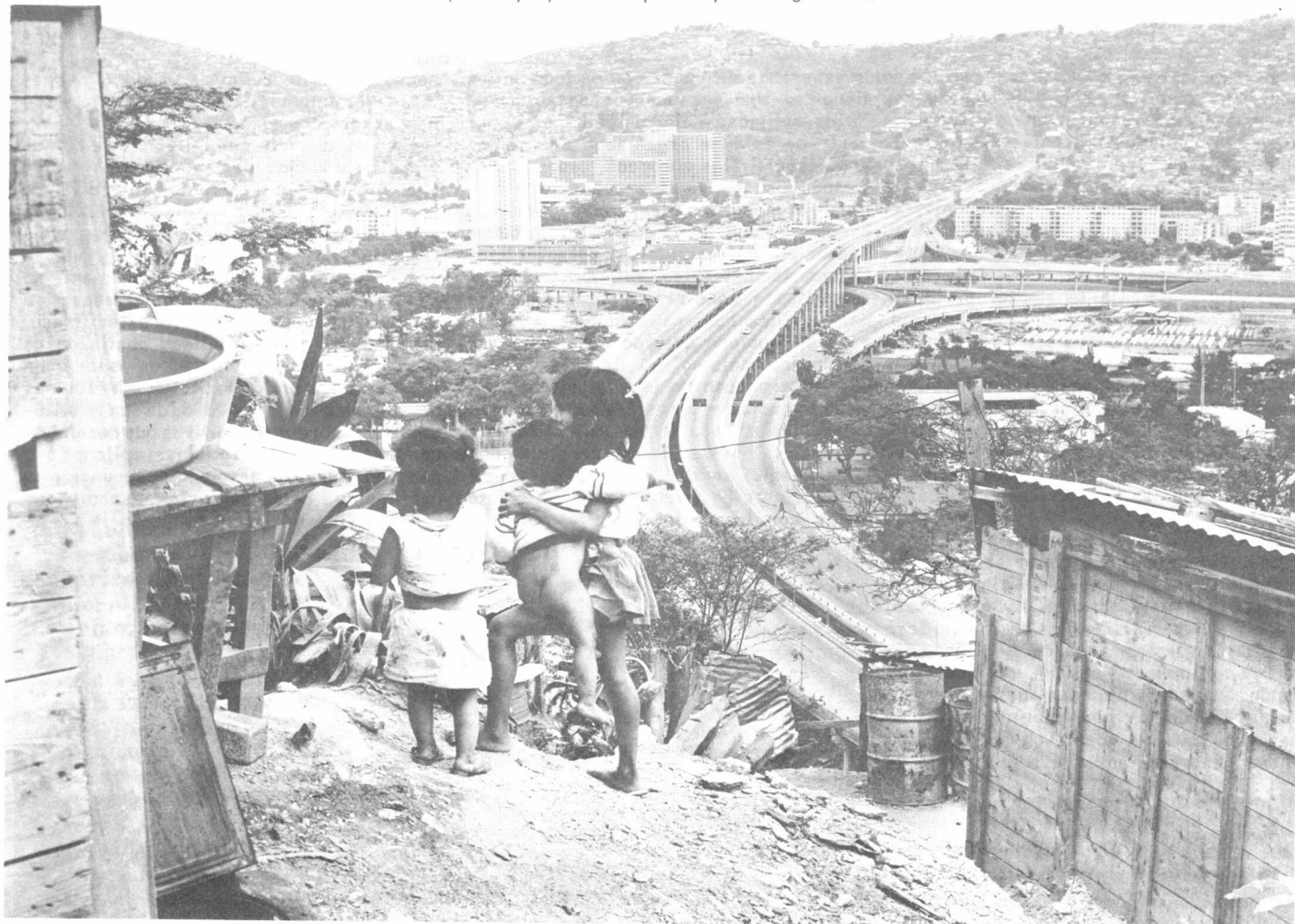
TEOLOGÍA LATINOAMERICANA FRENTE A LA TEOLOGÍA EUROPEA.

La teología latinoamericana, aún cuando no ha descubierto todavía un lenguaje popular, nace en el pueblo y del pueblo, de un compromiso real y concreto. Es similar a la reflexión que Moisés hace en sus retiros solitarios en los paréntesis de la marcha o a la de Jeremías cuando quiere rehacerse del vértigo de estar comprometido con el pueblo o "fuera" o "extranjero". Por esta razón hay una diferencia sustancial de lenguaje, de signo, entre la teología europea y la latinoamericana. La teología europea se "abre" al pueblo, "va hacia la realidad terrena", va "hacia la historia" mientras que la teología latinoamericana está en el pueblo, está en la historia. Esa temática puede confundir enormemente porque la teología se ha hecho audaz y sin prejuicios, de modo semejante a una cierta aristocracia que no quiere perder el derecho de vivir y de intervenir en el mundo, y hace teología del cambio, teología de la revolución, teología de la violencia. Habrá que esperar la teología de la Coca-Cola. Es el esfuerzo de quien no quiere perder su propio puesto de observación, el derecho de juzgar el mundo, no saliendo de su propia biblioteca. No sé, a qué estamos esperando para darnos cuenta que nuestra teología no acompaña a la historia, la sigue y la juzga cuando la historia ya ha entrado en la eternidad. Es imposible que los teólogos europeos comprendan estos

gérmenes de teología latinoamericana hasta que no descubran —y el descubrimiento lo deben hacer ellos— que las dos partes hablan de la tierra, pero una habla de la tierra precopérmica y en cambio la otra de la tierra copérmica. La teología europea deduce de la fe una visión política que ha cortado el filo espinoso del marxismo pero nunca podrá liberarse totalmente del recuerdo de haber sido una preposición política separada de las competiciones de la historia. Por tanto es fatalmente una política "intermedia" de conciliación. Los políticos demócratacristianos llámesse Caldera o Frei no logran superar el espacio de un Adenauer o De Gasperi y serán radicalmente incapaces (aunque Maritain define el chileno entre los tres mejores revolucionarios de la tierra) de comprender y hacer la revolución latinoamericana. Son frutos, aún cuando sean los mejores, de una formación cristiana que ha preparado al hombre no a leer la historia sino a presentar una antipropuesta a la propuesta de la historia, no a descubrir a Dios que conduce la historia del hombre sino a defender "los derechos de Dios".

La teología latinoamericana descubre que la fe es intrínsecamente política ya que adherirse a Cristo es al mismo tiempo establecer una relación vital con el Padre y estar encargados existencialmente de los "otros". Significa entrar en una familia pobre y oprimida que no puede aguantar

más y que tiene una urgencia absoluta de liberación. Quizás hay posibilidad de un acuerdo entre teólogos latinoamericanos y europeos sobre la definición de la fe intrínsecamente política pero lo que constituye la diferencia sustancial entre ellos es la situación vital completamente diferente. América Latina no tiene una tradición teológica que defender ni ningún compromiso apologetico. El pueblo ha rechazado ya ciertas ideologías no por el camino de la controversia sino por una incapacidad de asimilación. Aquí la teología está verdaderamente en condición de hacerse teología bíblica y profética. Por tanto no sirve ni la teología de la revolución ni la de la violencia ni la de las realidades terrenas en la línea que nos tienen acostumbrados los escritos de teología. Esta se orientará en la reflexión sobre los hechos a la luz de la palabra de Dios, en el descubrimiento de Dios en el pueblo y en la toma de conciencia de la dependencia y de las posibles iniciativas de liberación. Las discusiones sobre la violencia y no violencia suenan aquí como ofensivas, dado que están ideadas en un ambiente de seguridad fuera de la experiencia vital. La teología de la violencia recibe aquí la connotación de la teología de la cruz. No se ve por ahora qué contribución pueda dar este continente a una elaboración distinta de la cruz.



Por esta razón un observador no superficial y que no visite América Latina desde un avión o desde los Hilton, descubre que una teología aparentemente "desacralizada", identificada con la política, lo introduce en el corazón del misterio pascual. La teología latinoamericana se ha salvado de una esencial mundanización esterilizante. Por no haber invadido áreas estrictamente no teológicas, o lugares donde esté como invitada y observadora. No se separa (1) de muerte y de resurrección, no se

sale de la historia del pueblo. Este tipo de reflexión teológica está destinada a conquistar sectores cada vez más amplios. Su realismo tiene una fuerza obligante para todos aquellos que quieren salir de la esfera de aquel tipo de abstracción inútil y corre el riesgo de marginar la Iglesia. En la medida en que el proceso de liberación, la temática histórica del continente latinoamericano, se hace más "religioso" y "evangélico" mayor es el peligro que corre la Iglesia de permanecer extraña en este proceso porque no

tiene órganos capaces de recibirlo y comprenderlo. Quizás debe hacerse consciente esta incapacidad y ser asumida por la Iglesia como pobreza de modo que el continente pueda aportar una verdadera y sustancial reforma en la Iglesia. Las intuiciones proféticas del Vaticano II pueden hacerse historia aquí donde la teología no tiene ninguna deuda que pagar y sí una historia abultada que mirar y donde el advenimiento pascual es preanuncio de la presencia de la Cruz.

LA LITERATURA ESPEJO DE LATINOAMÉRICA

Una buena introducción para comprender el continente latinoamericano son sus escritores: un García Márquez, un Asturias, un Vargas Llosa. Dan una traducción poética muy eficaz de la violación cultural que ha sufrido este continente y al mismo tiempo de su exuberante vitalidad que resiste al tiempo y que hace germinar sus troncos reseca. Quizás los lectores no latinoamericanos habituados a la contemplación estética se sienten envueltos en la magia poética de estos escritores pero no reciben ningún mensaje. Los teólogos tienen poco tiempo para dedicarse a la literatura, si lo hacen es para tomar una bocanada de aire

entre una investigación y otra. Sin embargo para mí esta poesía invoca el derecho de estos brotes nacidos de troncos mutilados a crecer y hacerse árboles. Yo siento como cristiano dolorosamente este drama. ¿Cómo olvidar que el cristianismo tiene veinte siglos y que en estos veinte siglos ha elaborado una cultura, ha hecho una experiencia, ha adquirido una táctica de defensa y de inmunización?. ¿Es posible pensar que aquí el Bautista está anunciando el Cristo que viene? el Evangelio nos sugiere la actitud de la mirada simple y pobre, la mirada del niño capaz de sorprenderse, capaz de esperar algo nuevo.

LA IGLESIA DEL FUTURO ESTÁ EN AMÉRICA LATINA

América Latina interesa tanto al mundo cristiano como al no cristiano pero hay poquísimos que asuman una actitud justa frente al continente. En esta actitud simple me interesa especialmente la Iglesia y no creo por ello afrontar un problema de detalle. Económica y políticamente, el obstáculo más grande en el camino de la historia latinoamericana está representado en este momento por los Estados Unidos. Culturalmente quizás el problema central es el problema del cristianismo. América Latina parece ser o la cuna o el sepulcro de la Iglesia. El que vive en este continente con responsabilidad cristiana debe aceptar esta tensión lacerante de vida y de muerte. Quienes tienen responsabilidad en la Iglesia no pueden mirar América Latina desarmados al estilo de un Pablo que pasa por las vías de Atenas buscando en el enredo espantoso de ritos y supersticiones el signo de la presencia del Libertador. No se les puede pedir el mirar con estupor cómo germina la semilla evangélica en esta selva tropical y cuán puro, simple y primaveril es este germinar. Será necesario quizás esperar todavía años para que la cultura cristiana que está tocando ya fondo, juzgada sin piedad por la juventud, llegue a una descomposición más evidente, de modo que se acepte un cristianismo nuevo que surja como levadura dentro de

la esperanza de liberación de todo un continente. Una persona responsable de la "vida religiosa" atormentada por el porvenir de ésta ha organizado una semana con especialistas europeos, españoles que "saben" donde va (o a donde debe ir) la vida religiosa. Yo pienso qué habría respondido Santa Teresa de Jesús cuando andaba por las carreteras de España sobre carros tambaleantes a quien le hubiese preguntado "¿qué será el Carmelo mañana? —o qué hubiera dicho San Francisco a quien hubiese querido saber qué será del franciscanismo". En estos errores que se traducen en una falta de fe y de respeto hacia personas que dolorosamente están en búsqueda se desvela el colonialismo de la Iglesia y hacen concluir que la Iglesia jamás será acogida por este continente. Estas decisiones tomadas ciertamente con buena intención y motivadas por el deseo de ayuda son vividas aquí

necesariamente como un modo de perpetuarse el imperialismo colonialista y son rechazadas con éste.

En este terrible sufrimiento de incomunicación viviendo de lado de quien recibe una injusticia que no tiene nombre yo me aferro a la Biblia. Sintiendo acogido por una parte de la humanidad prepotentemente joven que tiene muchas y nuevas cosas que decir y que sustancialmente no es oído por quienes buscan dar espacio a una cultura que el tiempo ha esterilizado, me refugio en la fidelidad obstinada de Dios. Encuentro la fuerza de esperar en la prueba que me da la Biblia: operaciones equivocadas que en el fondo dan un resultado justo, derrotas definitivas que desembocan en sustanciales victorias, epílogos que parecen mortales pero que preanuncian un nacimiento. Sólo con estas escampadas puedo vivir en el continente de la opresión y de la esperanza.

MARACAIBO, MARZO 1973

(1) Del corazón del advenimiento de la salvación, que es misterio pascual.